

con A de ilusión

por **Lupe Gehrenbeck**

A mi abuelita, Carmen Lucía.

PRELUDIO

“Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras. Entonces me habrán abandonado los recuerdos: ahora huyen y vuelven con el ritmo de infatigables olas y son lobos aullantes en la noche que cubre el desierto de nieve. El movimiento, signo molesto de la realidad, respeta mi fantástico asilo; más yo lo habré escalado de brazo con la muerte. Ella es una blanca Beatriz, y, de pies sobre el creciente de la luna, visitará la mar de mis dolores. Bajo su hechizo reposaré eternamente y no lamentaré más la ofendida belleza ni el imposible amor.”

La Torre de Timón. 1925. José Antonio Ramos Sucre. Cumaná.

DOS MUJERES EN SUS OCHENTA, RIEGAN Y PODAN UNAS MACETAS DE FLORES. MATILDE Y AURORA, SON HERMANAS. MATILDE ES UN POCO MAS JOVEN Y SE VISTE DE UNA MANERA MAS ATREVIDA QUE AURORA, DE ASPECTO MUY MODOSO.

AURORA:

¿Te acuerdas? Era alto, delgado y tenía una ferretería.

MATILDE:

¿Allá en Cumana?

AURORA:

Sí, la que quedaba en frente de casa de tía Luisa.

MATILDE:

Pero yo pensaba que esa ferretería era de las gallegas.

AURORA:

¿Cuáles gallegas? ¿Las que traían aquellas telas importadas de Italia?

MATILDE:

¿De Italia? Que va, esas telas eran colombianas.

AURORA:

¿Cómo era que se llamaba la más joven?

MATILDE:

¿Cuál? ¿La de los ojos verdes?

AURORA:

Sí, sí, esa. La que se enamoró del joven aquel, pecoso y tartamudo, el hijo del gordo que abrió el abasto y quebró en seis meses porque se lo bebió todo.

MATILDE:

Esa misma.

AURORA:

¿Cómo era que se llamaba?

MATILDE:

No me acuerdo del nombre pero sí sé que tenía un sobrenombre.

AURORA:

Ah, es verdad. ¡Que buena memoria tienes, hermana!

MATILDE:

Pero, ¿cómo era que le decían?

AURORA:

Estem... ¿el sobrenombre?... estem... ese se lo puso el hijo de libanés aquel que era tan simpático, ¿te acuerdas?

MATILDE: (CON VELADA NOSTALGIA)

Que si me acuerdo... ¿Cómo no me voy a acordar? (DISIMULA) Si él le puso sobrenombre a todo el mundo en el colegio. Tenía facilidad para eso.

AURORA:

Sí, era muy ocurrente.

MATILDE:

Muy sabido. Tenía madera para ser doctor o ingeniero.

AURORA:

¿Qué sería después de la vida de ese muchacho? Pobrecito.

MATILDE:

¿Pobrecito por qué?

AURORA:

Porque después se supo que andaba en malos pasos.

MATILDE:

¿Ah si? ¿Y cómo sabes tú eso?

AURORA:

Cosas que una oye por ahí.

MATILDE:

¡Aghhh! Esa segurito fue la Prudencia, que le encanta estar hablando mal hasta de la gente que no se acuerda.

AURORA:

No levantes calumnia, hermana, mira que estás muy equivocada. Yo lo que digo lo digo porque lo sé.

MATILDE:

Ajá, y ¿qué es lo que sabes?

AURORA:

¿De qué?

MATILDE:

Coño, ¡del hijo del libanés!

AURORA:

Tanta curiosidad es pecado. Estás peor que la vecina y después dices.

MATILDE:

Ah no, hija, ¡entonces no me cuente nada!

AURORA:

Pero deja la angustia que sí te voy a contar. Lo que no entiendo es tu desesperación por saber el destino de una gente que ni conocías tanto. Porque tú apenas si conocías al libanés, no me vas a decir. El que era amigo del libanés era Vicente.

MATILDE:

Tú tampoco eras amiga del libanés pero resulta que ahora le conoces la vida y milagros.

AURORA:

No es eso, son simplemente de esas cosas que uno se entera de pasada, sin querer.

MATILDE:

¿Y de qué fue que te enteraste, pues?

AURORA:

Lo que pasa es que no estoy segura.

MATILDE:

¿Segura de qué?

AURORA:

Bueno, porque tampoco se trata de estar blasfemando a la gente.

MATILDE:

Echa pa' fuera que ya se está poniendo largo este cuento del libanés. No se te vaya a quedar atragantado el chisme y te vaya a dar un ataque de asma o un sopsio de esos que te dan a ti.

AURORA:

Pero es que eso no puede ser así no más.

MATILDE:

¿Qué?

AURORA:

Echar el cuento y ya.

MATILDE:

No entiendo. ¿Por qué no puedes echar el cuento y ya?

AURORA:

Bueno... ¡porque se me olvidó!

MATILDE:

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

AURORA:

Sí, ahora riéte. Después que me hiciste peder el hilo. Porque es culpa tuya.

MATILDE:

¿Culpa mía?

AURORA:

Si no hubieras empezado con que si, de dónde sacaste el cuento del libanés, quién te lo contó, que si Prudencia es chismosa porque tú no...

MATILDE:

Ah, ahora resulta que la que no se acuerda eres tú pero la culpa es mía. Caramba, hermana, y después dicen que la edad apendejea a la gente.

AURORA:

¿Quién dijo eso? Yo nunca he oído decir eso.

MATILDE:

Ay, sí, ahora te las vas a dar de la abuelita inocente.

AURORA:

Ah no, si me vuelves a cambiar el tema, no te voy a seguir. Es agotador: ya uno no sabe si está hablando del libanés, de la vecina o de la vejez.

MATILDE:

De la vejez, hermana, de la vejez, que es un castigo.

AURORA:

No blasfemes, Matilde, mira que eso se devuelve.

MATILDE:

O es que tú nunca has oído decir aquello de *mejor es no contarle a la tía porque se puede impresionar. Tú sabes, ella ya tiene sus años y le puede dar un síncope.*

AURORA:

Eso es otra cosa. Eso es cuidándole la salud a uno.

MATILDE:

¿Y aquello de... *mejor no le digas cuánto costó porque va a pegar el grito en el cielo, ya vas a ver que le va a parecer carísimo... porque ella cree que los reales valen lo mismo que cuando Gómez...* ?

AURORA:

Bueno pero tampoco hay que tomárselo como que...

MATILDE:

... le están diciendo pichirre a la pobre vieja, ¿no? Nooo... no es eso... pero de todas formas, como está sorda.

AURORA:

Eso se creen ellos.

MATILDE:

Ah, ¿te das cuenta, que los que viven engañados son ellos? Una sabe todo, se entera de todo, ve todo. Que te hagas la pendeja después, eso es otra cosa.

AURORA:

Es que tampoco uno puede andar después de viejo *entrépito* por la vida, porque eso molesta mucho.

MATILDE:

¿Qué nos queda por perder?

AURORA:

Bueno, tú sabes que la gente se casa y tiene sus hijos y empiezan a tener su vida aparte y no les gusta que una ande con esa opinadera.

MATILDE:

¿Opinadera? ¿Cuál opinadera? Si ni siquiera lo vienen a visitar a uno. Eso era antes que venían los domingos pero ahora se la pasan que si yéndose para la casa de la playa...

AURORA:

Como si a una no le gustara la playa... A nosotras, que somos gente de mar.

MATILDE:

No, pero con el cuento de que la casa tiene muchas escaleras se deshacen de uno rapidito.

AURORA:

La verdad es que han podido comprar esa casa de una sola planta.

MATILDE:

Pero ¿quién se mete en esa decisión? Ellos compraron su casa sin decirle nada a nadie.

AURORA:

Es verdad.

MATILDE:

Y uno no puede vivir la vida sin consejo.

AURORA:

Eso es verdad también.

MATILDE:

Porque más sabe el viejo por diablo que por viejo.

AURORA:

¡Ja,ja,ja,ja...!

MATILDE:

¿De qué se ríe, hija, con tanto entusiasmo?

AURORA:

¡Ja, ja, ja, a, ja...! El que ríe de último ríe mejor.

MATILDE:

No entiendo. O me explica o me ofendo.

AURORA:

Bueno, y ¿es que acaso yo me ofendí cuando tú te reíste porque se me olvidó el cuento aquel?

MATILDE:

¿Cuál cuento?

AURORA:

El cuento que te iba a echar hace rato que después se me olvidó.

MATILDE:

Ajá, entonces te ríes por venganza.

AURORA:

No, hermana, pero no es que los viejos, sabemos por diablos, sino que ¡el diablo sabe más por viejo que por diablo!

MATILDE:

Eso depende de la vieja porque hay más de una que lo que sabe, es por diablo.

AURORA:

Ay, Bendito sea Dios, Matilde. Lo tuyo no tiene compón. Cómo te gusta hablar mal de la gente así, sin saber.

MATILDE:

Desde chiquita.

AURORA:

¡Que mala maña! Y eso que bastante que te trataron de remendar. Pero que va: hay mañas que no se quitan ni a palos.

MATILDE:

¿Y qué más se podía hacer en ese pueblo tan fastidioso que no fuera ocuparse de la vida ajena, ah?

AURORA OFENDIDA, TOMA UNA FUENTE LLENA DE CARAROTAS Y SE SIENTA EN EL SOFA A LIMPIARLAS.

AURORA:

Cumaná no era un pueblo, Matilde. La Primogénita de América tenía más pianos que todo el continente junto, ¡que no se te olvide! ¡En Cumaná había opera! En Cumaná nació José Antonio Ramos Sucre, hijo de la menor de las Sucre, casada con un Ramos. Y no ha nacido poeta que sea mejor que José Antonio, con todo y el tiempo que ha pasado. Aunque no es sino ahora que se le reconoce su grandeza, como a Cumaná que la tienen abandonada, pero eso no le quita. Y mucho menos, una cumanesa como tú, desterrada y deslenguada, va a venir a levantar falsos testimonios en mi presencia, porque a mí, Cumaná me duele.

MATILDE:

¡Ay, Aurora! no me puedes negar que entre tanto piano y tanto canto, lo que más entretenía a la gente, era el chisme. Eso es todo lo que estoy diciendo. No había necesidad de ponerse tan histórica.

AURORA:

Yo siempre he creído que las chismosas nacen, no se hacen. Fíjate tú ahora viviendo en Caracas, tan congestionada, y tampoco encuentras entretenimiento que no sea un chisme. No tiene nada que ver con Cumamá, eso hay que gustarle. Y después dices de Prudencia, pobrecita, tan necesitada de conversación que vive esa pobre señora, y tú no haces más que criticarla.

MATILDE:

¿Y las putas?

AURORA:

¡¿Qué?!

MATILDE:

¿Tú crees que las putas nacen o se hacen?

AURORA:

Pero ¿de qué estás hablando tú, Matilde? Es que vas a terminar ¡en el infierno, por esa lengua tan libertina que tienes!

MATILDE:

Nada, que me estoy acordando de aquella que se enamoró del libanés.

AURORA:

¿Tú dices la maracucha que trabajaba en la botica?

MATILDE:

Esa misma.

AURORA:

Entonces sí te sabías el cuento.

MATILDE:

¿Qué cuento?

AURORA:

El que te iba a echar hace rato pero se me olvidó. Y tú en vez de decirme que te lo sabías, no hiciste más que mortificarme.

MATILDE:

Pero ¿cómo te iba a decir que me sabía el cuento si tú nunca dijiste cuál era el cuento?

AURORA:

No era muy difícil de adivinar. Ese es el cuento más importante del libanés. Y lo fue de Cumaná, por un buen rato.

MATILDE:

Claro, porque es verdad que allá no pasaba nada ni en carnaval.

AURORA:

Pero es que ¿tú no te acuerdas del día en que la mujer esta, ¿cómo era que se llamaba??

MATILDE:

¿Cuál?

AURORA:

La misma maracucha, que se disfrazó de Eva, ¿te acuerdas del escándalo?

MATILDE:

¡Que coraje! La verdad es que había que ser bien valiente para disfrazarse de Eva en Cumaná en ese tiempo.

AURORA:

Bueno, pero tampoco es que se le viera nada. Aquello era una franela teñida con te... muy ingenioso, con sus hojas de parra en los sitios indicados...

MATILDE:

¡La franela se le pegaba al cuerpo, Aurora! Y con ese calor...

AURORA:

Bueno pero es que si no, no hubiera sido Eva.

MATILDE:

Pero no era Eva, ¡era la mujer del boticario!

AURORA:

Verdad que ella era la mujer del boticario. ¡Ay, pero cómo nos entretuvo aquel disfraz! No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad.

MATILDE:

Pero no era por eso que todo el mundo hablaba de la mujer del boticario.

AURORA:

Sí, es verdad que de ella se decían muchas cosas. ¿Cómo era que se llamaba, chica? Y el pobre boticario, aguantando el chaparrón.

MATILDE:

¿Pobre, el boticario? Cornudo sí pero pobre no. Se hizo rico a costa de tanta gripe y epidemia... ese no fiaba ¡ni en caso de muerte!

AURORA:

¿Cómo era que se llamaba la mujer?

MATILDE:

Josefina... (TRAGA GRUESO)... se llamaba Josefina.

AURORA:

Ay, pobrecita... Lo que pasa es que esa era loca... loca de aquí...

(SEÑALÁNDOSE LA CABEZA)...y... (SEÑALÁNDOSE LA TOTONA) loca de aquí.

MATILDE:

Esa fue la desgracia del libanés.

AURORA:

¡No puede ser!

MATILDE: (RECORDANDO)

Ya no le importaba nada que no fuera estar con aquella mujer.

AURORA:

¿Y qué sería lo que tenía aquella mujer para ponerlo así?

MATILDE: (EN SECRETO)

Dicen que aquello le latía... que la tenía hirviendo.

AURORA: (SE PERSIGNA)

Ay, hermana, razón tenía mamá cuando decía que si te cortaban la lengua, de lo que goteara se iba a abrir un hueco en el suelo.

MATILDE:

Está bien: la que se acostaba con el libanés que casi lo mata, era la mujer del boticario, pero yo soy la que abre huecos en el suelo. Cuando la verdad es que el libanés...

AURORA: (LA INTERRUMPE)

No es eso, hermana, pero es que a veces te atreves a decir unas cosas que francamente. Yo no me explico de dónde sacas tú tanta vulgaridad en esta vida de Dios.

MATILDE:

¡El libanés me quería!

AURORA:

¿Cómo? ¿Pero qué estás diciendo? ¡Santa María, madre de Dios!

MATILDE:

No me vengas tú ahora con padrenuestros, mira que tú también tienes tu procesión por dentro.

AURORA:

No empieces con lo de Cesar Augusto. Sabes que no me gusta hablar de eso.

MATILDE:

Claro, cómo te va a gustar hablar de eso, si ya no queda más nada por decir.

AURORA:

Pero ¿cómo es eso de que el libanés te quería? ¿Y tú? ¿Tuviste algo que ver con el libanés?

MATILDE:

Algo no... mucho.

AURORA:

Pero, ¡hermana! ¿Cómo es que nunca se supo?

MATILDE:

Todo el mundo sabía lo de la mujer del boticario. Eso ya era suficiente.

AURORA:

Pero lo de la mujer del boticario no era asunto tuyo.

MATILDE:

¿Ah, no? ¿Y cómo quedaba yo entonces?

AURORA:

Como lo que eras, pues: una muchacha decente, de su casa.

MATILDE:

Yo me acosté con el libanés, Aurora.

AURORA:

¿Qué???????????

MATILDE:

Así mismito, como lo oyes.

A AURORA LE DA UN SOPONCIO. MATILDE LA AUXILIA.

MATILDE:

Coño, por eso es que dicen que mejor es no estarle diciendo la verdad a los viejos, porque no pueden con eso.

AURORA: (ABRIENDO APENAS UN OJO)

No, sí, como tú todavía estás jovencita.

MATILDE:

Por dentro, sí, jovencita, nuevecita, casi por estrenar. Porque después del libanés, nadie ha pasado por esos lados.

AURORA:

Ay, hermana, deja la cosa, tú sabes que me sube la tensión. Hay temas que mejor es dejarlos así, no es que ahora uno se va a poner a ventilar los guardados. Si eso ha estado callado tanto tiempo, dime, ¿qué necesidad tienes tú de estar contando el cuento del libanés después de vieja, ¿ah? Mira que una impresión como esa lo puede matar a uno.

MATILDE:

Lo que te puede llevar a la tumba es cargar con tanto escondí'ó adentro. Los cuentos se ponen rancios y enferman, por eso es que hay que ventilarlos. Así que al que lo quiera oír se lo cuento, porque yo no voy a seguir cargando yo sola con ese peso, como si fuera pecado.

AURORA:

Pero es que ¡es pecado!

MATILDE:

¡No hombre, que pecado ni que pecado! Pecado es quedarse así, esperando por lo mejor por venir, olorosa a talco y con la piel suavcita, sin coger mucho sol porque el sol mancha, ¿no era así, Aurora? Inmaculada, *a ella le gusta mucho leer poesía y toca el piano, que es una maravilla, borda y cose y hace unos buñuelos...* sin una mancha, muñequita de porcelana, impoluta, a la espera del que se va a gozar todos esas dulzuras, mientras está nueva y tersa porque después...

AURORA:

Pero, hermana, ¿de dónde te sale tanta amargura? ¡Si tú nunca has tenido hombre!

MATILDE:

¿No te acabo de decir que me acosté con el libanés?

AURORA: (ABANICÁNDOSE ACALORADA)

Bueno, sí, ya. Esas cosas pasan y después ni me acuerdo. Un desliz lo comete cualquiera.

MATILE:

Pero es que no fue un desliz... ¡fueron años!

AURORA:

¡Ay, ay! Virgencita de la Coromoto, no sigas que ahora sí es verdad ¡que me va a dar algo!

MATILDE:

¡Años!... Y teníamos tantos planes...

AURORA:

Es que no te lo puedo creer.

MATILDE: (LA MIRADA LLENA DE RECUERDO)

Me había dicho que cuando se graduara, se iba a casar conmigo, porque entonces a nadie le iba a importar que él fuera libanés, porque era doctor.

AURORA:

Pero, ¿cómo va a ser? ¿Y por qué no esperaste entonces a que fuera doctor para dársela, Matilde?

MATILDE:

Porque apareció la mujer esa, la mujer del boticario, que lo volvió como loco.

AURORA:

¿Y entonces?

MATILDE:

Bueno, ¿no y que no querías oír hablar más del asunto porque te iba a dar algo?

AURORA:

Pero ya entradas en gastos... mejor será saber el cuento completo. No vaya a ser cosa que un día de estos me vaya a enterar por otra gente, porque ahí sí es verdad que me muero de espasmo.

MATILDE:

Eso no lo supo nunca nadie.

AURORA:

Pero, ¿y cómo hacían?

MATILDE: (PICARA)

¿Estás segura de que quieres saber los detalles?

AURORA:

Bueno, tanto como los detalles no, Matilde, no seas lisa. Pero sí más o menos de cómo fue la cosa. Porque si es verdad que llegaste a tener intimidad con ese señor libanés, y además una intimidad prolongada, pues, ¡no me lo explico!

MATILDE:

¡Claro que es verdad! En la parte de atrás de la casa de la señora Gregoria.

AURORA:

Gregoria, ¿la que te daba las clases de bordado que te encantaban?

MATILDE: (PICARA)

Ahora ya sabes porque me encantaba tanto bordar.

AURORA:

Me acuerdo que bordabas tus pañitos bien bonitos.

MATILDE: (DESCARADAMENTE EVOCADORA)

Hasta que llegaba Amid a buscarme.

AURORA:

¿Amid? ¿Con esa confianza?... ¿al libanés?

MATILDE:

Coño, hermana, pero no te estoy diciendo que me acostaba con él, ¿cómo querías que le dijese: libanés... o señor libanés... o Hassar... señor Hassar...?

AURORA:

Hassar, sí, ahora me acuerdo... Pero y entonces, ¿la señora Gregoria era cómplice?

MATILDE:

Si.

AURORA:

Y ¿no y que eso no lo sabía nadie?

MATILDE:

Pero una cómplice tenía que tener porque si no, dime tú, ¿cómo hacía? Con lo controladas que nos tenía papá, que ni a la vuelta de la esquina...

AURORA:

Por eso no me explico: papá era el que te iba a buscar a la clase de bordado, todos los lunes y miércoles, a las siete en punto, porque decía que a las siete y cinco ya estaba oscuro.

MATILDE:

Exactamente.

AURORA:

Y ¿tú venías de revolcarte con el libanés?

MATILDE:

Bueno, no era todos los miércoles ni todos los lunes.

AURORA:

Ay, hermana, que descaró, es que te oigo hablar y no te conozco.

MATILDE:

Pero bueno, Aurora, si eso no es nada extraordinario. Tú lo sabes tan bien como cualquier otra mujer. El amor es lo mejor que existe en la vida.

AURORA:

Te dije que no quiero hablar de Cesar Augusto.

MATILDE:

No, si yo no quiero hablar de Cesar Augusto. Yo quiero hablar es del libanés porque siento que si me llevo esto a la tumba es como si no hubiera pasado nunca. Y ahí sí es verdad que me quedo sin nada. Porque ¿quieres que te diga una cosa? Eso es lo único importante que me ha pasado en toda mi vida. Con todo y el dolor.

AURORA:

Quién lo hubiera dicho... Mírame al libanés, tan calladito y modosito que se veía, tan bien mandado que nunca se le conoció un destemple que no fuera aquella sospecha con la mujer del boticario... ¡resulta que se estaba cogiendo a mi hermana!

MATILDE:

¡Ja, ja, ja, ja!

AURORA:

Y ahora, ¿a qué viene tanta risa? ¡Porque esto más bien es de llorar!

MATILDE:

De oírte decir palabrotas. De verdad que estás bien impresionada.

AURORA:

Has debido sufrir mucho con esa historia, Matilde, hermana, pobresita. ¿Por qué nunca dijiste nada?

MATILDE:

Porque si a los ochenta todavía te impresiona, imagínate cómo te hubiera impresionado a los veinte.

AURORA:

Pero es tan difícil ocultar el amor cuando duele.

MATILDE:

Pensaba en papá, el honor de la casa, el nombre de la familia...

AURORA:

¡Gracias a Dios! Por lo menos en el último minuto te acudió la razón.

MATILDE:

Aunque mamá...

AURORA:

¿Qué? ¿No me digas que también lo sabía? ¿No me digas que también era tu cómplice?

MATILDE:

Mi cómplice no, pero sí lo sabía.

AURORA:

Pero ¿cómo pudo mamá tolerar semejante cosa?

MATILDE:

Simple: nunca dijo que lo sabía. Pero a una madre es muy difícil engañarla en eso.

AURORA:

¿Qué vas a saber tú que no has sido nunca madre?

MATILDE:

Pero fui hija... y hermana. Eso es todo lo que he sido en la vida: hija y hermana.

AURORA:

Y tía, que es una gran cosa. Porque cuando no se tienen hijos propios, los de la hermana rellenan.

MATILDE:

No es lo mismo.

AURORA:

Claro que es lo mismo. A la tía tampoco la van a visitar nunca, ni conoce la casa de la playa.

MATILDE:

No es lo mismo, te digo.

AURORA:

Eso tampoco lo puedes saber. ¿O es que ahora me vas a venir con el cuento de que tuviste un hijo del libanés, que tampoco se supo nunca?

MATILDE:

No chica, esos son cuentos de hombre. Cuentos que no podrás echar nunca una mujer. Porque a las mujeres se nos nota todo.

AURORA: (CINICA)

¡Sólo si queremos! Mira todo lo que se te notó la sinvergüenza con el libanés a ti.

MATILDE:

Pues apenas entré a la botica, un día que le estaba haciendo un mandado a mi tía Jacinta, la mujercita aquella me miró con unos ojos, que casi me mata. Ella lo supo de verme.

AURORA:

Ah, pero ¿es que lo sabía ella también? No niña, si lo sabía toda Cumaná. Aquí como que la única que no estaba enterada era yo.

MATILDE:

A lo mejor, sin querer, fui yo que quería que ella lo supiera. En su mirada había tanto ardor, que todavía me asusta: supe que había perdido al libanés para siempre, ese día.

AURORA:

Bueno, ella era mujer de mirada fuerte.

MATILDE:

Cóño, no era que tuviera la mirada fuerte, sino que ¡me estaba acostando con el libanés!, ¿no te das cuenta?

AURORA:

Pero ¡deja el escándalo, mira que te pueden oír!

MATILDE:

¿Y qué importa que se sepa? Por el contrario, me dejaría mejor parada que como vieja solterona y virgen. Yo estoy segura que a la vecina Prudencia, por ejemplo, le encantaría saber esta historia. Y ¿por qué no? La podríamos invitar a merendar.

AURORA:

¡!!¿Estás loca?!!!

MATILDE:

Pero sólo imagínate todo el provecho que le sacaría la señora Prudencia. Con el talento que tiene ella para completar los cuentos, terminaría yo asesinando a la mujer del boticario, o montando un burdel después que me había desgraciado.

AURORA:

La pobre tampoco tiene a nadie que la venga a ver, y esas comedias de la televisión están cada día más fastidiosas: eso es un gentío que ya uno no sabe quién es la protagonista.

MATILDE:

Además, uno ya no conoce a nadie. No es como antes que era José Bardina con Marina Baura o con Doris Wells o Lupita Ferrer...

AURORA:

Eso fue después, porque los de verdad eran Conchita Obach y Raúl Amundaray. ¿Cuándo se ha visto un Negro Primero como Tomás Henríquez?

MATILDE:

Ay, a mí el que me encantaba era ¿cómo es que se llamaba?

AURORA:

Si, yo me acuerdo de cual era el que te gustaba a ti...

MATILDE:

Porque ese sí era un hombre muy hombre. ¿Te acuerdas en aquella novela donde hacía de hacendado, tan buena?

AURORA:

¡Que novelazas aquellas!

MATILDE:

¿Cómo era que se llamaba?

AURORA:

Tenía un apellido como de realeza... Reyes... o Duque...

MATILDE:

¡Márquez!

AURORA:

Ajá, ¡yo sabía! Márquez no marqués.

MATILDE:

Carlos Márquez.

AURORA:

¿Qué hubiera sido de nuestras vidas sin esas novelas, ah?

MATILDE:

No me lo quiero ni imaginar. Por lo menos así uno vivía el amor, todos los días a las siete. Ah, porque esa es otra: a las nueve de la noche, ya uno no está para amoríos.

AURORA:

Verdad. Ya a esa hora uno lo que quiere es recogerse. Pero, ¿y entonces? ¿cómo fue que terminó lo del libanés?

MATILDE:

Se puso mal... muy mal. Me decía que me quería pero que no podía.

AURORA:

Ay, pobrecito. Pero es que la mujer del boticario era una mujer muy sabida, muy corrida, sabe Dios qué era lo que le hacía a ese hombre para ponerlo así.

MATILDE:

No te vayas a creer, yo también hice lo mío.

AURORA:

¡Ay, hermana, bendito sea Dios, Virgencita del Carmen, Santísimo Sacramento...!

MATILDE:

Deja la vaina, chica, que con tanto santo uno no puede hablar con tranquilidad.

AURORA:

Esta bien. ¡Dime pues!

MATILDE:

Bueno, empezó a beber. Dejó de irme a buscar a la clase de bordado. Dejó de ir a sus clases en la escuela técnica también. Andaba atormentado, ojerozo, no se concentraba en lo que uno le decía...

AURORA:

Que pecado.

MATILDE:

Hasta que, dicen que fue que el boticario se enteró y juró que los iba a matar. Nadie lo volvió a ver más nunca. Un Viernes Santo, me acuerdo.

AURORA:

¿Y la Josefina?

MATILDE:

La golpiza fue tal que casi la mata.

AURORA:

Ella se lo buscó.

MATILDE:

Pero ¿cómo puedes decir eso, hermana? Por muy puta que haya sido, tampoco es que el boticario tuviera derecho, pobrecita.

AURORA:

Pobrecita tú.

SILENCIO. MATILDE EMPIEZA A LLORAR DESCONSOLADAMENTE.
 AURORA LA ABRAZA CON MUCHA TERNURA.

AURORA:

Las penas de amor son las que más duelen. Son heridas que nunca se cierran.
 Cesar Augusto me duele tanto como el día en que se fue.

MATILDE:

¡Ese coño e' madre!

AURORA:

¡Matilde, por Dios, respeta!

MATILDE:

¡No tenía que haber llegado tan lejos! Te ha podido decir que no se iba a casar antes de que te pusieras el vestido, por lo menos, y te quedaras parada frente al altar sin saber qué hacer, frente a toda Cumaná. Para mí, que allá todavía la gente echa ese cuento.

AURORA:

Ni me lo recuerdes.

MATILDE:

Eso no tiene perdón de Dios.

AURORA:

Sí, fue horrible. Pero eso no es lo que todavía me duele.

MATILDE:

¿Qué es entonces?

AURORA:

Que todavía no entiendo por qué, si yo lo quise tanto, él me dejó de querer... ¿o nunca me quiso?

MATILDE: (DURA)

Nunca te quiso.

AURORA: (RESENTIDA)

¿Tampoco te quiso nunca el libanés?

PAUSA. MATILDE ACUSA RECIBO. LE DUELE. REFLEXIONA.

MATILDE:

Pues sí, tú, como yo, como el libanés, yo lo quise sola. Voy a poner las caraotas en remojo.

AURORA:

Pero, ¿cómo es posible, si existe un Dios, que deje que uno se enamore sola?
 Con lo que eso duele.

MATILDE:

¿Dónde pusiste las llaves del balcón de atrás?

AURORA:

Donde mismo.

MATILDE:

Pero si yo tengo dos días buscándolas y no aparecen.

AURORA:

Será que alguien se las llevó.

MATILDE:

¿Tu crees? Pero si aquí no viene nadie hace días.

AURORA:

Quien sabe.

MATILDE:

Ay, Aurora, que extraño. Y ya son dos días sin regar las matas, ¡se van a secar!

AURORA:

A lo mejor están en el lavadero, quien quita. ¿Cuándo fue que vino la mujer que plancha? Porque cada vez que viene se desaparecen las cosas.

MATILDE:

Marta tiene ya 15 años viniendo a planchar y aquí nunca se ha perdido nada, Aurora. No seas ingrata.

MATILDE SALE, LLEVANDOSE LAS CARAOTAS.

AURORA: (PARA SI)

Y eso que Matilde no sabe que las llaves de la casa también están desaparecidas. ¿Dónde las metiste? ¿Y mis poemas también están desaparecidos? Lo raro es que no se han llevado el radiecito que me regaló Marianita en navidad, que es ¡de último modelo!

AURORA EMPIEZA A BUSCAR POR TODAS PARTES.

AURORA:

Tibio... tibio... frío... frío... tibio, tibio, tibio, ¡caliente! ¡caliente!

AURORA CONSIGUE EL RADIO DEBAJO DE UNA BUTACA.

AURORA:

¡Mira donde estaba el radiecito! Yo lo había dejado en su sitio. Eso fue que alguien lo agarró, dígame si me lo echaron a perder...

LO PRENDE. SE CERCIORA DE QUE FUNCIONA. REGRESA MATILDE.

MATILDE:

¿Tú sabes cómo es la cosa? Que el que se lleva la mejor parte es el que ama. Porque el que se deja amar no es el que tiene la ilusión, que es la parte más bonita.

AURORA:

Ay, Matilde, ¿y tú sigues pensando en eso?

MATILDE:

Tengo toda la vida pensando en eso. Y te digo algo, hermana: yo no me arrepiento de nada. Yo quise a ese libanés con todo mi corazón. Y lo que pude vivir de ese amor, lo llevo en el alma como una felicidad.

AURORA:

¿Y lo que sufriste?

MATILDE:

Cuando lo sufrí fue horroroso. Pero ahora que lo recuerdo, hasta ganas de reír me dan. Porque hay que ser bien pendeja en esta vida para venirse a enamorar de un libanés en Cumaná, que además estaba enredado con la mujer del boticario.

AURORA:

Eso digo yo, porque tampoco es que el libanés fuera tan buen mozo.

MATILDE:

Nooo... si para buen mozo Cesar Augusto, ¿no?

SUENA EL TIMBRE. LAS DOS SE MIRAN.

AURORA:

Te dije que la vecina iba a terminar por escuchar lo que decías.

MATILDE:

Porque tiene el televisor malo pero ¿no y que lo había mandado a arreglar? Porque esa vieja sin televisor, debe vivir con las orejas pegadas de las paredes.

AURORA:

Que pena con la señora Prudencia, ¿qué le vamos a decir?

MATILDE:

Estem...

VUELVE A SONAR EL TIMBRE. AMBAS NERVIOSAS, SIN SABER QUE HACER, SIN ATREVERSE A ABRIR LA PUERTA.

AURORA:

Bueno, siempre le podemos decir que oyó mal, porque ella no oye muy bien. Que no eras tú que la que se enredó con el libanés, sino que era una prima que ella no conoce y que ya se murió, ¿te parece?

MATILDE:

Ay mijita, la señora Prudencia que piense lo que quiera. De todas maneras ella no es nada mío.

AURORA:

Pero es vecina mía, imagínate puede pensar, ¡que nosotras somos todas unas zánganas!

MATILDE:

Me importa un comino.

AURORA:

Ay, hermana, no seas así, tienes que colaborar a arreglar este mal entendido.

MATILDE:

¿Mal entendido? Si ahora por fin es que se están entendiendo bien las cosas.

VUELVE A SONAR EL TIMBRE. AURORA SE DECIDE A ABRIR.

AURORA:

Ya sabes, colabora. Tú simplemente dices que sí a todo lo que yo diga, ¿estamos?

MATILDE:

Está bien. Anda a abrir.

AURORA:

El problema es que no sé dónde están las llaves.

MATILDE:

Coño, Aurora, pero ¡¿es que también botaste las llaves de la casa?!
AURORA:

AURORA:

Que no fui yo, ¡es alguien que se las llevó! O a lo mejor están en otra parte.

AURORA BUSCA EN LOS LUGARES MAS INSOLITOS. MATILDE LA OBSERVA Y LA SIGUE CON ASOMBRO. VUELVE A SONAR EL TIMBRE, MATILDE SE ACERCA A LA PUERTA.

MATILDE:

Un momentico, por favor, que es que no conseguimos las llaves... ¡un momentico!

VOZ DE HOMBRE: (OFF)

De acuerdo.

LAS DOS HERMANAS SE MIRAN SORPRENDIDAS, AL ESCUCHAR LA VOZ DEL HOMBRE. ENTONCES BUSCAN AUN MAS DESESPERADAS Y TORPES.

AURORA:

¡Ay, coño, ya me acuerdo!

SE SACA LAS LLAVES DEL ESCOTE CON PROSOPOPEYA.

AURORA:

Es que como se habían perdido las del balcón, quise guardar estas bien guardadas, no se las fueran a robar también.

AURORA ABRE FINALMENTE LA PUERTA Y DESCUBRE UN HOMBRE MAYOR. SE PARALIZA POR UN INSTANTE CUANDO LO VE, Y SE DESAMAYA. MATILDE CORRE A SOCORRER A LA HERMANA.

MATILDE:

¡Aurora... Aurora!

CESAR AUGUSTO:

¿Matilde?

MATILDE:

¡La misma! Tú también estás igualito, pero mas arrugado y gordo.

CESAR AUGUSTO SE ESMERA EN AYUDAR A REPONER A AURORA.

MATILDE NO DEJA DE MIRARLO CON ASOMBRO.

MATILDE:

Han pasado unos cuantos años, ¿no? Desde la última vez que nos vimos, en la catedral de Cumana. ¡Ah, no, me equivoco! Se me olvidaba que ese día, justamente ese día, tú no fuiste.

CESAR AUGUSTO:

No seas tan dura, Matilde.

MATILDE:

Yo sólo estoy diciendo que han pasado muchos años.

CESAR AUGUSTO:

Así es: más de los que hubiera querido.

MATILDE:

O sea que no fue lo que tú hubieras querido, sino que fue algo que pasó como pasan las tormentas, los derrumbes, los terremotos... o la muerte, que pasa aunque uno no quiera. A ver con qué historia vas a venir ahora, después de tanto tiempo, que da lo mismo que te hubieras muerto. ¡Volver a mortificar a mi pobre hermana!

CESAR AUGUSTO:

¿No será mejor llamar a su médico?

MATILDE:

¿Y tú no eres médico, pues?

CESAR AUGUSTO:

Sí, claro, ¿cómo lo sabes?

MATILDE:

Ay, mi amor, en este mundo no hay nada oculto. Y lo poco que quedaba escondido, se acaba de saber.

CESAR AUGUSTO:

Pero ella tendrá su médico de confianza, no sé. Aunque en mi opinión, se trata de un simple desmayo.

MATILDE:

De la impresión, lógicamente.

CESAR AUGUSTO:

Yo creo que lo mejor será llevarla a su cuarto

MATILDE:

Yo creo que lo mejor será que te vayas.

AURORA VOLVIENDO EN SI.

AURORA:

No, no... no te vayas. He esperado ese momento tanto tiempo...

MATILDE ENTORNA LOS OJOS EN SEÑAL DE DESAPROBACION Y FASTIDIO.

AURORA:

Cesar Augusto, ¿no querrás tomarte un cafecito? ¿O un agüita de hierbabuena... o una tizana fresca, con hielo...?

CESAR AUGUSTO:

No te molestes Aurora, muchas gracias.

AURORA:

O una limonadita, ¿tal vez?

CESAR AUGUSTO:

Gracias Aurora, estoy bien.

AURORA:

Hoy ha hecho tanto calor. Tengo también unas galleticas horneadas de las que a ti tanto te gustaban. ¡A los nietos les encantan!

CESAR AUGUSTO:

Ah, ¿tienes nietos?

MATILDE:

No faltaría más, nietos, sí, después de muchos años de feliz matrimonio.

CESAR AUGUSTO:

¿Y tu marido?

MATILDE: (ANTES DE QUE AURORA PUEDA CONTESTAR)

Viene en un rato. Porque él todavía trabaja, se mantiene muy activo.

CESAR AUGUSTO:

Yo soy viudo.

MATILDE:

Ya decía yo. Y ahora vuelves porque no tienes quien te prepare la tizanita.

AURORA:

¿Quieres entonces la tizanita?

MATILDE:

No, Aurora, ya el señor Cesar Augusto se va.

AURORA:

Matilde, por favor, deja que hable con Cesar Augusto, aunque sea un momento.

MATILDE:

¿Quieres que te deje sola con este hombre?

AURORA:

Matilde, por favor.

MATILDE:

¿Estás segura?

CESAR AUGUSTO:

Matilde, yo sería incapaz de hacerle daño a Aurora. Yo siempre la he...

MATILDE:

No, si ya todo el daño que le podías hacer se lo hiciste. Hace cincuenta años, cuando le desgraciaste la vida.

AURORA:

¿Tu siempre me has qué...?

CESAR AUGUSTO:

Yo siempre te he querido mucho.

MATILDE:

Lo que es devolverse, como si nada hubiera pasado...

MATILDE SALE DISGUSTADA, REFUNFUÑANDO. AURORA Y CESAR AUGUSTO SE MIRAN POR UN RATO, EN SILENCIO. EL LE TOMA LAS MANOS. ELLA OFRECE RESISTENCIA AL PRINCIPIO, POR PUDOR. LUEGO SE DEJA ENAMORADA, COMO EL PRIMER DÍA.

CESAR AUGUSTO:

Tengo tanto que explicarte, Aurora... yo...

AURORA:

No... calla.

AURORA SIN ESFUERZO ENCUENTRA EL LIBRO QUE HABIA PERDIDO.
ESCOGE UNA PAGINA Y LEE.

AURORA:

La virgen de la espada al cinto visita el remanso profundo para ver la imagen de su galán, devuelta de entre los muertos. Contenta su propósito si bajar de su caballo rebelde.

La virgen cine en ese momento una corona de ortigas, le del rey Lear, víctima de su presunción.

Se envanecía de su felicidad al ensalzar con elogio redundante los méritos del galán y la escucharon los celadores del orgullo, los aviesos ministros del destino.

La muerte asume el gesto de un viejo socarrón e interrumpe el camino del amante a la entrevista apasionada. Consigue indignarlo con sus parábolas ambiguas y lo burla y lo derriba con una suerte de su tridente, arma desusada. Ovidio, el fabulista de los gentiles, habría decantado el llanto de la mujer en una elegía ronca y la habría convertido en un ciprés, anulando la figura humana.

Las hadas septentrionales, reconciliadas con el niño Jesús y partícipes de la fiesta de su nacimiento, se compadecieron de un amor desventurado y permiten la aparición de la sombra en la cuenca de su lago de zafir.

CESAR AUGUSTO:

El Espejo de las Hadas... José Antonio Ramos Sucre.

AURORA:

En su primera edición. Me lo regalaste tú. Justo antes.

CESAR AUGUSTO: (ANSIOSO)

Todavía te gusta leer poesía.

AURORA:

Todavía me gusta leer poesía, ir al circo, aunque ya no vienen tantos circos como antes... todavía Cesar Augusto, todavía. Cuando me levanto hasta que me acuesto, Cesar Augusto.

CESAR AUGUSTO:

Déjame explicarte.

AURORA:

¿Para qué? Ya no importa. Lo importante es que estás aquí.

CESAR AUGUSTO:

Quise venir hace tanto tiempo. Siempre quise venir.

AURORA:

Pues bien, ya estás aquí. Finalmente llegaste. Yo te estaba esperando.

CESAR AUGUSTO:

Pero es que tengo que explicarte...

AURORA:

No hablemos del pasado, vivamos el presente, pensemos en el futuro, Cesar Augusto.

CESAR AUGUSTO:

Tuve miedo, Aurora. Pánico. Éramos demasiado jóvenes los dos, y no sabíamos si eso que sentíamos...

AURORA:

... iba a durar hasta ahorita, ¿no?

CESAR AUGUSTO:

Me equivoqué. Y bien caro que he pagado mi error.

AURORA:

Cesar Augusto...

CESAR AUGUSTO:

Sabes que mis padres...

AURORA:

Sí, sé que estudiaste hasta que te hiciste médico. Médico de la república, imagínate, que orgullo.

CESAR AUGUSTO:

Estaba asustado, se aprovecharon de mi inexperiencia y me mandaron esa misma noche a estudiar Caracas.

AURORA:

Lo sé todo. Todos los saben. Cumaná entera.

CESAR AUGUSTO:

Me imagino por lo que pasaste. Me siento tan avergonzado.

AURORA:

No tienes por qué contarme nada más, no quiero que me expliques nada.

CESAR AUGUSTO:

Me casé, Aurora. Me casé con otra mujer.

AURORA: (DANDOLE LA ESPALDA)

También lo sé. No es necesario que me des ahora los detalles.

CESAR AUGUSTO:

Sí, tengo que decirte que nunca fui feliz. Que nunca dejé de pensar en ti, que he vivido todos estos años con esta culpa pegada al corazón, con una urgencia, una inquietud, por volver, por explicarte, por tratar de enmendar.

AURORA:

Yo te estaba esperando.

CESAR AUGUSTO:

No me sentía con derecho a volverte a ver.

AURORA:

Cesar Augusto... yo...

CESAR AUGUSTO:

Aurora, yo...

AURORA:

... yo viví todos estos años esperándote. Sabía que ibas a volver. No podía ser que aquel amor tan grande hubiera sido embuste, o mío solo. No podía ser, simplemente, ¡no podía ser!

CESAR AUGUSTO:

Ahora que sé que estás casada, que tuviste tus hijos y que esos nietos pudieran ser mis nietos...

AURORA:

Nunca me casé.

CESAR AUGUSTO:

¿Cómo?

AURORA:

Nunca me casé. Te estaba esperando.

CESAR AUGUSTO:

Cásate conmigo ahora. Todavía estamos a tiempo. Cásate conmigo, mi amor.

SUCEDE UN BESO. AURORA SE VUELVE A DESMAYAR. CESAR AUGUSTO LA TIENE EN SUS BRAZOS CUANDO ENTRA MATILDE.

MATILDE:

Aquí está, con esto se repone. Usted disculpe, que pena, a ella le dan esos vahídos cuando sufre una impresión.

SEÑOR:

Yo espero no haber sido la causa.

MATILDE:

¡No, imagínese! Sabrá Dios lo que le pasó por la cabeza, que le dio el soponcio. Pero no se preocupe, esa se repone ahorita, como le digo, siempre le dan. Muchas gracias de todas formas, usted es el señor ¿...?

SEÑOR:

Yo soy el hermano de la señora Prudencia, la vecina. Que vine a ver si le reparaba el televisor que tiene malo.

MATILDE:

Sí, hace más de una semana.

SEÑOR:

Y como me dijo que ustedes tenían la batidora mala, pues nada, que ella cree que yo soy mago, y que todo lo puedo reparar. Se hace lo que se puede.

AURORA FINALMENTE VOLVIENDO EN SI. TRATA DE ABRAZAR AL SEÑOR.

AURORA:

Cesar Augusto... Cesar Augusto... mi amor...

MATILDE: (APENADA)

Ay, que pena, señor. ¡Aurora, hija, reacciona! Mira que este señor no es Cesar Augusto, es el hermano de la vecina, Aurora, ¡el hermano de Prudencia!

AURORA:

Claro que yo también te quiero.

MATILDE, APENADISIMA, TRATA QUE AURORA SUELTE AL SEÑOR.

AURORA LE PASA LAS MANOS POR EL CUELLO.

MATILDE:

¡Que vergüenza, que mal rato! Usted disculpe, ¿cómo me dijo que se llamaba?

SEÑOR:

Rafael.

MATILDE:

Señor Rafael, imagínese, no vaya a pensar que ella siempre es así.

RAFAEL:

No, no se preocupe. Yo entiendo. Debe ser que me confundió con otra persona. Con ese Cesar Augusto, ¿su marido, tal vez?

MATILDE:

No, gracias.

RAFAEL:

¿Cómo dice?

MATILDE:

Digo, sí, pero, no, no llegaron a casarse pues, pero fue su novio. Su novio de toda la vida.

RAFAEL:

Ah, entiendo.

MATILDE:

Pero si quiere, déjela allí, que yo me encargo.

RAFAEL:

No se preocupe, yo no tengo prisa, si quiere llamamos al médico, no sé...

MATILDE:

No se afane, de verdad, esto se le pasa ahorita, créame.

RAFAEL:

Bueno, pero ya que estoy aquí, ¿no quiere que aproveche y le de un vistazo a la batidora?

MATILDE:

Ay, señor Rafael, no se moleste, ya bastante incomodidad le hemos causado, que pena. Muchas gracias, de todas formas.

RAFAEL:

No hay de qué. Más bien lamento lo de la señora.

MATILDE:

No es nada, se lo aseguro. Por eso es mejor no darle importancia, usted sabe, ni siquiera comentarlo por ahí, porque después viene la gente y se preocupa. Sobre todo su hermana, no se lo comente a su hermana, porque estoy segura de que se va a preocupar ¡muchísimo!

RAFAEL:

Tiene razón. Ella las quiere mucho. Siempre habla de ustedes y vive pendiente de ustedes.

MATILDE: (ENTREDIENTES)

Ni que lo diga.

RAFAEL:

¿Cómo dice?

MATILDE:

No, que sí, que nosotras también la queremos mucho a ella. Por eso le digo que mejor será no comentarle nada de lo que pasó. Y sobre todo, nada de lo que dijo ni hizo Aurora, usted me entiende, ¿verdad?

RAFAEL: (CON SUSPICACIA)

Creo que sí... empiezo a entenderla. Pero no se preocupe, yo soy un hombre muy discreto. Y cualquier cosa, si quieren después que les repare la batidora, pues le dicen a Prudencia y yo me vengo encantado a hacerles la visita.

MATILDE:

Ah, ¿usted es viudo?

RAFAEL:

No tuve el honor.

MATILDE:

¿El honor? ¿Es que quiere que se muera su esposa?

RAFAEL:

El honor de casarme nunca, soy soltero.

MATILDE:

¿Soltero... solterito?

RAFAEL:

Sí.

MATILDE: (COQUETA)

Pero ¡que particular! Porque a esta edad uno no se los consigue sino casados o viudos.

RAFAEL:

Bueno, claro, tuve mis novias y estuve hasta a punto de casarme una vez.

MATILDE:

¿Ah, sí? ¿Y qué paso?

RAFAEL:

Bueno, que al final empezamos a tener problemas. La verdad, no estábamos de acuerdo en nada.

MATILDE:

Pero no fue que la dejó plantada en el altar, ¿no?

RAFAEL:

No, yo sería incapaz de una cosa semejante.

MATILDE:

Ahhhhh... ¿No se quiere tomar una tizanita, entonces?

RAFAEL:

¿Una tizana?

MATILDE:

Sí, digo, para agradecerle.

RAFAEL:

Bueno, sí, como no.

AURORA SIGUE TENDIDA EN EL SOFA DIVARIANDO, DE CUANDO EN CUANDO SE LE ESCUCHA DECIR ALGUNA COSA SIN SENTIDO.

AURORA:

Yo no tuve la culpa... yo no fui...

SALE MATILDE A POR LA TIZANA Y VUELVE CON UNA BANDEJA CON SERVILLETICAS BORDADAS, IMPECABLE. SE SIENTA A RECIBIRLE LA VISITA A RAFAEL, ENCANTADA DE LA VIDA.

MATILDE:

Entonces, habíamos quedado en que era soltero...

RAFAEL:

Sí, soltero y sin compromiso.

MATILDE:

Mire que eso es raro. Porque uno sí se consigue muchas mujeres solteras, de mi edad, digo, que nunca se casaron. Pero hombres ¡nunca!

RAFAEL:

¿Usted también es soltera?

MATILDE:

Estem... sí, se puede decir.

RAFAEL:

¿Enviudó?

MATILDE:

Estem... sí... Pero ¿cómo le explico?... estem... fue antes de casarme.

RAFAEL:

Aja. Y eso fue hace mucho, supongo.

MATILDE:

Sí, hace mucho.

RAFAEL:

Y desde entonces no ha tenido...

MATILDE:

Bueno, imagínese, tampoco es que yo...

RAFAEL:

Entiendo, entiendo. Yo tampoco me casé pero eso no quiere decir que no tuve mis novias ni que pierdo las esperanzas.

MATILDE:

¡Un momentico! Tampoco es para que piense que yo soy una mujer de la vida alegre, que ando buscando novio.

RAFAEL:

No, por favor, no se ofenda, yo no quise decir eso.

MATILDE:

¡Menos mal!

RAFAEL:

Yo lo que quiero decir, es que no es fácil vivir una vida así, solo, sin compañera... ¿me explico?

MATILDE:

Se explica usted ¡buenísimo!

RAFAEL:

Y la gente piensa que cuando uno es viejo...

MATILDE:

¡Ay, pero usted no es viejo! Usted está en la flor de la madurez, mas bien.

RAFAEL:

Es decir, que no es que cuando uno alcanza cierta edad, uno ya no piensa en esas cosas.

MATILDE:

Usted se refiere a...

RAFAEL:

Exactamente, a eso mismo.

MATILDE:

Digo, usted no estará hablando de aquello. Y usted discúlpeme la franqueza pero es mejor que aclaremos las cosas desde un comienzo, ¿no le parece?

RAFAEL:

No imagínese, soy incapaz. Yo le estoy hablando de lo otro. Que la gente cree que los viejos ya no sentimos como antes, ¿me entiende?

MATILDE:

Y se equivocan. Se equivocan de pe a pá.

RAFAEL:

¿Verdad que sí?

MATILDE:

Claro que sí. Yo creo que uno deja de pensar en el amor, cuando se muere. No antes.

RAFAEL:

¡Exactamente! Eso era lo que quería decir. ¿Usted cree en el destino?

MATILDE:

A estas alturas... hummm... creo que sí. Sí creo. Porque ahora que me lo dice, y pensándolo bien, me pongo a imaginar, que si hubiera dependido de mí, la historia hubiera sido distinta. Quiere decir que fue el destino.

RAFAEL:

Pero la historia la hace uno también. Y nunca es tarde.

MATILDE:

No, ¡sí ahora es cuando!

RAFAEL:

Me parece tan... tan... tan coincidencia, pues, encontrarme con una persona que piense igual que yo, después de todos estos años.

MATILDE:

Una coincidencia, sí.

RAFAEL:

Increíble, por azar. Ni siquiera sé su nombre.

MATILDE:

Matilde.

RAFAEL:

Matilde... que nombre tan bonito... Matilde.

MATILDE:

Matilde del Carmen. Porque mi mamá era muy devota de la virgen del Carmen

RAFAEL:

Matilde del Carmen... ¿la puedo tutear?

MATILDE:

Por favor.

RAFAEL:

Matilde, ¿y tú crees que podemos volver a vernos? No sé, tal vez salir a pasear el domingo, o ir a un concierto, ¿te gusta la música clásica?

MATILDE:

¡Me encanta!

RAFAEL:

¡Que bien! Bueno, de pronto este domingo.

MATILDE:

Pero, ¿es que ya te vas?

RAFAEL:

No, pero mi hermana ya debe estar inquieta.

MATILDE:

Ah, sí, sin duda. Bueno...

RAFAEL:

Aunque, si tienes un poquito más de tizana...

MATILDE:

¡Claro, claro!

MATILDE SALE DILIGENTE A BUSCAR MAS TIZANA. AURORA SE HA LEVANTADO Y OBSERVABA LA ESCENA SEMIESCONDIDA EN UNA ESQUINA. SU ACTITUD ES EXTRAÑA, LOS ESPIA CON CARA DE POCOS AMIGOS. MATILDE REGRESA CON LA TIZANA. ELLOS ESTAN TAN ENTUSIASMADOS EL UNO CON EL OTRO, QUE NO REPARAN EN AURORA.

MATILDE:

Si quieres más hielo. No sé, porque hay gente que le da dentera.

RAFAEL:

Así está perfecta, hum, riquísima. A ver, ¿y qué compositores prefiere?

MATILDE:

Bueno, me gusta Alfredo Sadel, mucho, ¡muchísimo!

RAFAEL:

Alfredo Sadel... pero él es más bien popular.

MATILDE:

Claro, con esa voz quien no va a ser popular.

RAFAEL:

No, digo, que si le gusta Mozart, Bach o Beethoven...

MATILDE:

Bach, me gusta mucho, sí, me calma los nervios, me pone a dormir... los malos recuerdos.

RAFAEL:

Los malos recuerdos hay que olvidarlos porque no sirven para nada. Es mejor pensar en lo bueno, en el porvenir.

MATILDE:

En el próximo domingo, entonces.

RAFAEL:

¿Le parece bien que la pase recogiendo a las 10?

MATILDE:

Y ¿usted maneja?

RAFAEL:

Sí.

MATILDE:

¿Y cuando fue la última vez que se mandó a hacer los lentes?

RAFAEL:

No hace mucho, no se preocupe, que voy despacio.

MATILDE:

Bueno. A las diez está bien. Perfecto. Lo espero entonces.

RAFAEL:

A las diez.

RAFAEL SALE DEJANDO A MATILDE FLOTANDO DE LA ILUSION. DA SALTITOS, BAILA SOLA... HASTA QUE SE DA CUENTA DE QUE AURORA LA OBSERVA CON MALA CARA.

MATILDE:

Ay, hermana, ¿y esa cara? ¿No te sientes mejor?

AURORA:

¿Cómo te atreves, Matilde?

MATILDE:

¿Cómo me atrevo a qué? (COMO ENTENDIENDO) Espera, espera un momento: tú no seguirás pensando que ese era Cesar Augusto...

AURORA:

Yo sé perfectamente quien es. ¿Cómo te atreves a aceptar una invitación así?

MATILDE:

Yo no veo cuál es el problema.

AURORA:

Que ese hombre es el hermano de la vecina. Si sales con él vas a ser la comidilla de todo el edificio. Y yo no voy a tener ni un minuto de paz moral para seguir viviendo aquí. ¡Me voy a tener que mudar! Y tú sabes lo que es una mudanza. A esta edad, lo peor que le puede pasar a uno, es tener que mudarse.

MATILDE:

O sea, que tú dices que no salga con el hombre ¿para no oírle la lengua a los vecinos?

AURORA:

Pero mira como le dices: “el hombre”. ¡Ese no es un hombre, Matilde!

MATILDE:

¿Ah, no? ¿Y entonces qué es?

AURORA:

¡El hermano de Prudencia! Un señor.

MATILDE:

Justamente, lo que yo necesito: un señor que me saque a pasear y que me lleve a los conciertos de los domingos.

AURORA:

Pero ¿es que tú nunca vas a dejar de pensar en esas pendejadas de juventud?

¿Para qué necesitas tú un hombre nada?

MATILDE:

Para que me recoja por si me caigo en las escaleras del teatro, hermana.

AURORA:

Es indecente.

MATILDE:

A mí no me vengas con decencias después que te le guindaste al cuello y le decías Cesar Augusto, Cesar Augusto, con los ojos picúos...

AURORA:

¡Eso es una calumnia! ¡Embustera! ¡Yo no he hecho eso!

MATILDE:

¿Qué no? Pregúntale a Rafael.

AURORA:

Con que Rafael, ¿no? Ay, Matilde, si papá estuviera vivo.

MATILDE:

Lo tendría que hacer a escondidas, con susto y con culpa. Que a lo mejor fue por eso que perdí a mi libanés. Y tú a tu Cesar Augusto. Porque papá espantaba todo lo que se nos acercaba.

AURORA:

Te va a salir esta noche y te va a jalar una pata.

MATILDE:

Aurora, hermana, ya somos unas viejas de setenta y pico de años.

AURORA:

Te estás quitando la edad, Matilde del Carmen. Y no tienes necesidad, mira que el señor ya se fue. Además, ¿qué puedes ganar con eso? A estas alturas ya el daño está hecho y se nota.

MATILDE:

¿O sea que no tenemos derecho, después de los ochenta, a pasarla bien, aunque sea en los últimos años de nuestras vidas? Dime, ¿qué tiene de malo que salga con Rafael, que vaya a un concierto?

AURORA:

¿Y si se enamoran? ¿Te imaginas que se enamoren?

MATILDE:

¡Ojala! Sería maravilloso.

AURORA:

Piensa en tus sobrinas, Matilde, en los nietos.

MATILDE:

Ahí sí nos van a venir a visitar a menudo, para enterarse de qué es lo que está pasando con la tía Matilde que parece que tiene novio... jajajaja... Me voy a la peluquería a hacerme las manos y los pies, y a cambiarme un poco el color del pelo. ¿Qué te parece un marrón rojizo? El rojo está muy de moda. ¿Cómo es que se llama la mujer esta que hace el programa de televisión, que presenta las misses?

AURORA:

Ah, sí, ya sé, una que era catira y ahora es pelirroja, ¡¿pero no te irás a pintar el pelo de ese color?!

MATILDE:

De ese mismísimo color, lo quiero. Y ¿tú crees que la señora Olga Teresa me pueda arreglar el vestido de lunares para el domingo?

AURORA:

Pero, Matilde, ya tú no estas para ponerte esos lunares tan grandes. Te vas a ver como una vaca de esas todas manchadas, y vieja.

MATILDE:

¿Y cómo era que se llamaba la colonia esa que tanto me gustaba?

AURORA:

Pero ¿para dónde van a ir el domingo, mijita?

MATILDE:

¿Cómo era que se llamaba la colonia?

AURORA:

¿Cuál? ¿La que olía a jazmín?

MATILDE:

No, aquella otra que me trajo mi papá del viaje de Europa, ¿no te acuerdas?

AURORA:

Ah, sí, una con una etiqueta que era como rosadona, ella. Sí, me acuerdo.

MATILDE:

¿Cómo era que se llamaba ese perfume?

AURORA:

Déjame ver... era algo así como Cielo, Ángel, Firmamento... Azul... ¿No se llamaba Azul?

MATILDE:

¿Azul? No, no me parece. Pero sí, tenía un nombre como etéreo... ¿Viento, Brisa...?

AURORA:

¿No sería Aliento, más bien?

MATILDE:

No, no era Aliento.

AURORA:

Bueno, pero ponte otro.

MATILDE:

No, ese es el que me quiero poner. Porque ese perfume me hacía sentir bonita cuando me lo ponía.

AURORA:

Pero ¿con qué letra empezaba?

MATILDE:

Creo que con A.

AURORA:

A de Aurora... de Astucia... de Árbol... de Ansia... A de Amor...

MATILDE:

¡Eso es! ¡Ilusión! Así se llamaba.

AURORA:

La ilusión que da el Amor, que empieza con A de Acaba mal aunque empiece bien.

MATILDE:

Ay, no seas pesimista, hermana. El Amor, dure lo que dure, es lo único que le da sentido a esta vida.

AURORA:

Bueno, si quieres te presto la mantilla bordada. Le queda muy buena al vestido de lunares.

MATILDE:

¡Ay, gracias, hermana! Pero si le pongo flores a los lunares, ahí si es verdad que me voy a ver como una vieja disfrazada.

AURORA:

¿A dónde es que van a ir el domingo? ¿Será que llegó un circo... van al circo?

MATILDE:

No, Aurora, ahora ya no se ven circos. Vamos a un concierto. Y yo lo que quiero es que no se me note que tengo tanto tiempo que no salgo, ¿me entiendes? Sino que parezca normal, así, muy de mundo pues.

AURORA:

Sí, verdad, verdad. La mantilla sería demasiado. Pero te puedes poner las perlas.

MATILDE:

¿Me prestarías las perlas? ¿Las perlas que te regaló Cesar Augusto?

AURORA:

Claro. Qué mejor uso que este, en nombre del amor, del amor que le tuve a Cesar Augusto, ¡por el amor! A ver si el fulano Rafael cae rendido a tus pies, pues.

LAS DOS HERMANAS SE ABRAZAN. DAN VUELTAS CONTENTAS.

MATILDE:

Cuando venga algún circo te prometo que vamos. Aunque sea las dos solas, en taxi.

AURORA LE SONRIE CON TERNURA, SE LE CAE UNA NARIZ DE PAYASO DEL BOLSILLO. MATILDE LA VE Y SE EXTRAÑA.

MATILDE:

¿Y eso?

AURORA:

Nada. Me la encontré cuando estaba buscando las llaves. Tú sabes como es: unas cosas desaparecen mientras otras aparecen, unos se van pero otros vienen. Así es la vida, pues.

MATILDE:

Así es la vida.

AMBAS SALEN. EN EL CAMINO, AURORA SE INQUIETA.

AURORA:

Matilde, ¿tú tienes las perlas guardadas en el cofre con llave, verdad?

MATILDE:

¡Noooo! esas perlas las tienes tú desde siempre.

AURORA:

Pero si yo te las di para que me las guardaras. Hace años que te las di.

MATILDE:

Aurora, si tú nunca has querido soltar prenda. ¡Mucho menos esas perlas!

AURORA:

Porque tú sabes que esas perlas tienen un valor especial para mí.

MATILDE:

¡Que buena vaina! Ahora sí es verdad. Ve a ver dónde pusiste las perlas, Aurora, coño, ¡haz memoria!

AURORA:

Pero si la memoria yo la tengo perfecta, Matilde, ¿no sé a qué viene eso?

MATILDE:

Entonces, ¿dónde fue que guardaste las perlas, pues?

AURORA:

Yo te la di a ti para que me las guardaras en el cofre con llave...

SALEN.

FIN.

Lupe Gehrenbeck
Caracas, 31 de Diciembre, 2004

© *Copyright. Todos los derechos reservados a Lupe Gehrenbeck*